

RAFAEL BRAUN

(19 de marzo de 1935 - 8 de octubre de 2017)



AL SERVICIO DE LA VERDAD Y DE LA IGLESIA

María Bestani

Raffy, pastor, buscador de la verdad, siempre inquieto intelectualmente; deja un legado muy rico y profundo. Una personalidad con diversas aristas, a veces contradictorias. Una voluntad férrea en la conducción de los proyectos que llevó adelante. Con una visión clara y muy apasionado con sus ideas. Y a la vez capaz de una gran ternura en el acompañamiento espiritual de las personas, con gran compasión y comprensión de la naturaleza humana. Lúcido y práctico, supo liderar la

obra titánica de restaurar la iglesia y el monasterio de Santa Catalina de Siena, monumento histórico y primer monasterio de mujeres de Buenos Aires. Allí fue Rector del Centro de Atención Espiritual para las personas que trabajan en el microcentro porteño. Incentivó y apoyó el trabajo pastoral de los laicos, formando un gran equipo; también atendiendo espiritualmente a las personas, confesando, celebrando la eucaristía, promoviendo talleres de oración, de estu-

dio de la Biblia, preparando a los novios para la celebración del matrimonio y apoyando el Programa “Espiritualidad y las Artes”, entre otras cosas.

Lo que aquí quiero señalar como medular en él fue su profundo amor a Jesucristo y su Iglesia. Decía constantemente que nosotros no somos funcionarios en la Iglesia, sino servidores. Lo recuerdo con cariño y agradecimiento, por lo que fue y lo que dejó ser a todos los que trabajamos con él.

VIRTUD SACERDOTAL, RAZÓN ACADÉMICA Y PASIÓN CIUDADANA

Natalio Botana

Tengo presente en mi memoria, ahora que ha partido hacia la eternidad que él aguardaba, aquel momento de 1963 en que sonó el timbre de nuestro dos ambientes en Lovaina, bajé la escalera y me topé con la sonrisa ancha del padre Rafael Braun. Fue tan rápido el diálogo y la comunión de ideales que no hubo tiempo para ir madurando una amistad; este vínculo entrañable se disparó de inmediato mientras discutíamos –cómo no– y Mónica calmaba a nuestro hijo recién nacido. Desde entonces y para siempre, Raffy se instaló entre nosotros como esas encinas de raíces hondas y sombra bienhechora (contemplábamos esos árboles en el campo de Pingüinos donde Raffy escribía, meditaba y, de paso, descargaba su energía en competencias deportivas).

Sabíamos que Raffy era hijo de Eduardo Braun Menéndez, uno de los padres de la ciencia argentina a quien yo había conocido en una reunión de estudiantes pertenecientes a la Liga Humanista. Sabíamos también que Raffy y el país lo habían perdido junto con una hermana en un traumático accidente de aviación. No sabíamos, y después lo supimos una vez que recibimos el afecto de la

comunidad familiar de la calle Junín, que ese núcleo vital tenía para Raffy un arraigo semejante a las tres vocaciones que guiaron su vida: el hombre de la virtud sacerdotal; el hombre de la razón académica; y el ciudadano apasionado, comprometido con la libertad y la justicia.

La manera en que Raffy llegó a convivir con estas vocaciones representa un testimonio de valor incalculable. Porque esa convivencia no se tradujo en un combate excluyente entre esas dimensiones de la acción humana. Antes bien, y ya que acabo de evocar unos antiguos robles, esa trama podría representar una “hoguera de las encinas”, según tituló Malraux el texto de sus conversaciones con De Gaulle: una fusión de vocaciones en que el sacrificio corrió parejo con una entrega sin desmayo a las personas que lo rodeaban. Raffy tuvo el don de que los otros vivieran permanentemente en su conciencia.

Codo a codo con el apetito por la trascendencia, esa propensión a confundirse con las esperanzas y conflictos del prójimo fue una de las llamas que encendió su vocación sacerdotal. Tal como pude seguir su rastro, esta vocación tuvo la entereza de la independencia y la

fidelidad hacia la Iglesia a la que se había consagrado. Esa tensión hizo de él una paradoja viviente. ¿Cómo fue posible –me pregunté una y mil veces– que ese fiel presbítero, que se imponía a sí mismo el respeto a la disciplina eclesiástica, interviniese en la palestra cívica con opinión asertiva y batería de argumentos, sin que su perfil registrase el menor atisbo de clericalismo?

Desde muy joven, acaso antes de entrar al seminario, Raffy tenía muy en claro lo que Maritain llamaba la autonomía del cristiano en los asuntos de índole temporal; pero esa autonomía entendida como fermento en la sociedad, si bien era un principio adaptado a la conducta del laico, no lo era tanto en lo que atañe al comportamiento del sacerdote. Raffy tomó el guante de tal desafío, encarnó esa virtud y combinó el sentido vertical de su referencia a Dios y a la jerarquía eclesiástica con un sentido horizontal, propio de su conducta ciudadana, que lo llevó a intervenir en nuestra *civitas humana* como uno más, sin otra consistencia en su discurso que la que le proporcionaba el ejercicio responsable de su razón. Lo hizo, en efecto, en comentarios, editoriales y artículos publicados

en esta revista de la cual, como es sabido, fue director.

Tal vez por esa irrenunciable defensa de la libertad de opinión (sus colegas así lo reconocieron nombrándolo miembro de número en la Academia Nacional de Periodismo), forjó su trayectoria sacerdotal sin boato ni honores, como un simple presbítero que, cuando tuvo que afrontar el desafío de levantar instituciones, dedicó su talento al centro de espiritualidad de la iglesia de Santa Catalina para construir un espacio de belleza en el que la piedad y el diálogo pudiesen germinar en paz. Piedad para restañar heridas personales; diálogo para encontrar rumbo en medio de la discordia política y social. En los aciagos días de la gran crisis de 2001-2002, Santa Catalina acogió un encuentro ciudadano para buscar juntos la salida de un pantano en que todo parecía hundirse.

Pantanos, por cierto, hubo en cada recodo de nuestro camino: los años crueles del terror recíproco de los '70; los largos, durísimos, intervalos autoritarios que azotaron a nuestra generación. En ese camino hubo aciertos y errores. Quizás desde CRITERIO no dijimos todo lo que deberíamos haber dicho, pero jamás podrá reprochársele a Raffy, como lo hicieron algunos facciosos adictos a la calumnia y al desprecio, que no hubiese obrado con la mirada puesta en la reconstrucción democrática de la Argentina (la que la hidra de los violentos obviamente no quería), guiado por la inspiración que brotaba de los documentos del Concilio Vaticano II. De punta a punta, Raffy fue un sacerdote conciliar que supo eludir la tentación del

integrismo en que, a derecha e izquierda, abrevaban los recalcitantes. Por añadidura, una adhesión sin desmayo dentro y fuera de la Iglesia hacia las reglas concebidas para alternar en los cargos, apuntaló su temple democrático con un sobrio republicanismo.

Estas actitudes, mientras tronaba la tormenta del odio, eran inevitablemente controversiales. No lo era, en cambio, el modo en que, a través de su ministerio sacerdotal, Raffy hablaba con los sentimientos del corazón en lugar de hacerlo con el tono más tajante de la razón pública. Borges afirmó, en una sentencia que cito frecuentemente, que “un hombre es muchos hombres”. Ese acuerdo íntimo con la virtud teologal de la caridad reorientó en él los rugosos itinerarios de la praxis de la virtud política. Esta última, Raffy la había explorado exhaustivamente. Formado en filosofía moral y política, doctor por Lovaina, profesor en la Universidad del Salvador y luego en la Facultad de Teología de la UCA, durante la etapa más creativa de su experiencia en el campo académico cultivó simultáneamente la tradición de la filosofía escolástica con la de la filosofía moderna.

En el Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF), una asociación devota del saber que gozó de su protagonismo y filantropía apoyada en la generosidad de su cuñado Horacio García González, Raffy ajustó su visión acerca de la filosofía de Maquiavelo, Hobbes y Locke (escribió, al respecto, varios artículos seminales). Discutimos estos y otros autores, mientras asomaba una aurora del pensamiento que recuerdo con nostalgia, en el curso de prolongados

seminarios donde se sentaban tres amigos comunes que ya no están: Ezequiel de Olaso, Eduardo García Belsunce y Osvaldo Guariglia. Las más diversas corrientes teóricas se daban cita en esa mesa en que brillaba el talento de Raffy y su espíritu plural. Con el aporte de la filosofía moral de raíz cristiana –que a la autoridad política le infunde finalidad y apetencia de bien común– se me ocurre que en ese ámbito de la razón crítica, construido desde nuestra primera estancia en Lovaina y luego en el CIF, la inteligencia de Raffy rozaba niveles de genuino esplendor.

Disfrutarlo como lector riguroso de un texto acerca del principio del consentimiento en Locke, de la corrupción de la república según Maquiavelo, de la pluralidad de las formas de gobierno en Montesquieu, o del destino de la igualdad tal como lo concebía Tocqueville, era uno de esos privilegios que rara vez se presentan. Me consta, al recibir por ejemplo sus comentarios desde el consejo de redacción de *la Revista Latinoamericana de Filosofía*, que él fundó con los colegas del CIF, como también me constan los torneos verbales al calor de los acontecimientos que precedían los editoriales de CRITERIO. A la polémica, que solía ser intensa, sucedía de inmediato la ternura del gesto y de la palabra sin que se percibiera en ellos la más mínima sombra de resentimiento: un tránsito instantáneo, típico de su rotunda personalidad, de la pasión a la compasión y, por ende, a la paz de la amistad.

Todo esto, sus dones naturales, su rigurosa formación, le señalaba el rumbo a Raffy de una carrera académica sobresaliente. Aunque

previamente hubiese echado sólidos mojonos, ese trayecto no llegó sin embargo a recorrerse del todo, porque el llamado más profundo de su vocación sacerdotal le exigió salir del recinto de un gabinete de estudio para dar respuesta –insisto– a las urgencias del corazón de tantos prójimos que buscaban su palabra. Por esa dedicación entera a quienes solicitaban su ayuda

y presencia, en casas particulares, institutos de espiritualidad, en Santa Catalina o en sus funciones de asesor en la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa (ACDE), Raffy sacrificó el trajín de las ideas y de la participación cívica en aras de su inclinación más sentida. Nada se anteponía a ese intransferible servicio. En los últimos años, esta disposición de

su persona no dejó de ensancharse. Y aún cuando su presencia en CRITERIO o en la Academia Nacional de Periodismo transmitiera su hondo compromiso público, la voz del académico y del ciudadano cedió el paso a la voz de un pastor que sembraba sosiego.

Así vivió a mi entender Rafael Braun, uno de los más grandes de mi generación.

Ángela Sannuti

DISPONIBILIDAD Y APERTURA

En esta vida, en este mundo, desde que nacemos estamos a merced de los encuentros. Ningún encuentro es inútil aunque en la superficie lo parezca. Pero hay encuentros que nos potencian y nos conectan con nuestros dones ocultos que esperan salir a la luz; esos son los regalos que nos son dados para que no nos olvidemos de quiénes realmente somos, más allá de las apariencias.

Raffy llegó a mi vida con su alma generosa, abierta de par en par, y con su búsqueda sincera e inquieta de nuevas voces y jóvenes miradas.

Nos encontramos en ese único lugar donde verdaderamente los seres se encuentran, en ese lugar que reconoce todas las partes, no las rechaza ni las ignora aunque le resulten nuevas y desconocidas.

Habitábamos mundos tan diferentes pero nos unía la disponibilidad y la apertura de aprender otros lenguajes, otros matices y tanta riqueza para explorar.

Desde 1994 fui invitada a compartir las reuniones semanales de la revista CRITERIO; ese espacio ejemplar en el ámbito intelectual –inusitado en un país tan alterado por la dicotomía como el nuestro– y de genuino respeto y aprecio humano.

Entretejimos, con largas conversaciones y debates, algunos más apasionados que otros, una comunión de afecto que se fue transformando en amistad. Y, como sabemos, los amigos están presentes de muchas maneras en la vida de cada uno; la suya fue de esas presencias certeras y oportunas, sin la necesidad de la frecuencia.

Para los ojos del alma, no hay finales, sólo comienzos, y no hay despedidas en el corazón de nuestras relaciones.

Queda para siempre la Alegría de habernos encontrado y saber que, finalmente, estás en Casa, Raffy querido.

EL PRIVILEGIO DE SU AMISTAD

Juan J. Llach

*“La verdad los hará libres”
(Juan 8, 32)*

Esta frase de Jesús fue lo primero que vino a mi mente y a mi corazón cuando me puse a escribir este recuerdo del ex director de CRITERIO, el presbítero Rafael Braun, nuestro querido amigo Raffy. La frase se inicia en Juan 8, 31, así: “Si ustedes permanecen fieles a mi palabra, serán verdaderamente mis discípulos: conocerán la verdad y la verdad los hará libres”. Raffy tuvo la dicha de conocer esa Verdad, más aún al ser llamado al sacerdocio, y con ella conjugó en su vida, como muy pocos, la fe y la libertad. Esto no implica olvidar sus valiosas contribuciones a la ética, al análisis político, a la cultura y al mundo de la empresa, desde sus cátedras, desde CRITERIO y otros medios, en Santa Catalina, en ACDE o en la pastoral universitaria.

Raffy me deslumbró desde que lo conocí en 1967 cuando, junto a Carlos Floria y otros colegas, impulsó la generosa acogida de la Universidad del Salvador a profesores y alumnos de Sociología expelidos de la UCA. Desde mi ingreso al comité de colaboración de CRITERIO, en 1984, recibí mucho de él. Primero, en las inolvidables reuniones de los martes. Luego, con el privilegio de su amistad,

en muchos encuentros, algunos junto a su hermana Teresita y a su cuñado Horacio García González –fallecido cuatro días después que Raffy– entrañables amigos también, y benefactores de CRITERIO. Sea que hablara de fe o de ética, de política o de cine, Raffy deslumbraba como si brotara de él una luz que, no pocas veces, tenía la penetración de *la Luz*. No era perfecto, y esto lo llevaba en ocasiones a la exageración.

Poco antes, también en 1967, mi primera noticia de Raffy había sido por una nota en esta revista. “Es sumamente doloroso comprobar la ignorancia que reina en ciertos medios acerca de lo que es la sociología como ciencia experimental –sus principios, sus métodos, su valor y sus límites”, decía, y agregaba que tal ignorancia, pródiga en pasiones y prejuicios, había hecho sucumbir los departamentos de Sociología en la UBA y en la UCA. Aun tratando de evitar la subjetividad –por haber sido afectado en ese conflicto– encuentro en su texto un sabor profético. Primero, porque su argumento que entonces podría verse como “cientificista”, hoy luce visionario en un mundo de agresiva posverdad, que reniega del conocimiento basado en evidencias y privilegia el relato sobre la realidad.

Segundo, y mucho más impor-

tante, porque el conflicto con la Sociología se originó en buena medida en declaraciones de estudiantes y profesores de la UCA contra la violenta intervención a universidades estatales, dispuesta por la dictadura surgida del golpe de Estado de 1966 que, al ser apoyada por parte de la Iglesia y de su jerarquía, dividió políticamente a los católicos. Ese, no otro, fue el momento en el que se incubó el huevo de la serpiente en la Argentina. La guerrilla no habría llegado a ser lo que fue en un contexto democrático y por ello, probablemente, tampoco habría ocurrido la dictadura de 1976 ni su terrorismo de Estado. Más aún, otro “logro” del golpe de 1966 fue que tantísimos jóvenes de entonces desconocieran el camino de la democracia y de la república como alternativa para canalizar sus anhelos de construir una sociedad más justa.

No digo ni hace falta creer que Raffy tuvo *in mente* todo esto al escribir su nota en CRITERIO. Pero es bien probable que, si muchos más hubieran tomado la misma actitud de defensa de la racionalidad, la democracia y la república, con igual clarividencia y prudencia bien entendida, nuestra tragedia histórica podría no haber ocurrido. Nada más, nada menos.

LA LIBERTAD COMO VÍNCULO ENTRE LA RAZÓN Y LA FE

Jorge Eduardo Fernández

Si bien es cierto, como ha escrito Rilke, que el fruto nunca llega a estar maduro para la muerte, también es cierto que hay vidas que, como la de Rafael Braun, han logrado cumplirse en tal medida que a través de ellas podemos llegar a entrever la trascendencia.

La libertad de pensamiento y de acción, una acompañada por la argumentación responsable, y por la caridad la otra, han sido la clave de una vida que sin temores se

atrevió al ejercicio conjunto de la razón y la fe.

Laico entre los creyentes, exigiendo a la razón sus argumentos más nítidos y universales, se animó a polemizar con aquellos que intentaron gobernar desde el mero ejercicio del poder; valga como ejemplo la polémica que a fines de los '90 Raffy sostuvo con el Ministro Carlos Corach, en torno a la reelección del entonces Presidente de la Nación Carlos Menem.

Creyente entre los laicos, supo dar testimonio de su fe ante aquellos que la cuestionan y a sostener su posición aún en minoría frente a temas cruciales en la vida de la Iglesia.

Pero, ante todo, Rafael Braun me deja, como filósofo y periodista, la enseñanza de un discutidor, de un agitador de cuestiones, sobre todo ante aquellas en las que la pereza intelectual pretende querer acomodarse y descansar en sus falsos artilugios dogmatizantes.

VALOR Y GUÍA EN LA PASTORAL UNIVERSITARIA

Ernesto A. O'Connor

Allá por comienzos de los '80 los jóvenes vivíamos un momento excitante. La democracia volvía después del Proceso, y en la universidad pública el fervor ciudadano era creciente. Las ganas de participar eran notorias y generalizadas. En ese contexto muchos estudiantes de la UBA nos acercamos al Servicio de Pastoral Universitaria (SPU). Con sede en la capilla San Lucas, en Plaza Houssay, era coordinado por el padre Rafael Braun, con un equipo de sacerdotes de avanzada para la época, como Manolo Trevijano y Carlos Pandelo, entre otros. Ahí conocimos a Raffy, profesor de Teología Moral, doctorado en Lovaina, y director del SPU. Una apertura mental y espiritual que nos sorprendía, una gran vocación por transmitir la libertad de pensamiento y el valor de la propia conciencia. Un esfuerzo permanente por transmitir que la relación entre fe y ciencia no sólo era posible, sino que, nosotros, jóvenes universitarios de todas las carreras, también teníamos que ser parte de ese desafío tanto de evangelización como de diálogo con los que no pensaban igual. También dirigía la revista CRITERIO por entonces, y alguno de nosotros comenzó a escribir allí. Nos preguntamos con el tiempo cómo no llegó a ser obispo. Para algunos no fue sorpresa, pues al ser tan librepensador, quizás, lamentablemente, no tenía ese lugar en la Iglesia argentina. Eso sí, nos enseñó a ser libres.

EL LEGADO DE UN HOMBRE LIBRE Y ECLESIAL

Gustavo Irazábal

Conocí a Raffy como profesor en la Facultad de Teología, y una vez ordenado lo tomé como mi guía espiritual e intelectual. Él me alentó a continuar los estudios en Teología Moral, cuando este tipo de proyectos eran vistos con indiferencia, cuando no con desconfianza. A mi regreso, y tras la devastadora crisis del 2001, nuestras conversaciones comenzaron a focalizarse, como es natural, en los temas sociales y políticos. Fue entonces cuando me propuso leer un artículo suyo titulado “Iglesia y democracia”¹. Fue una auténtica revelación. Con sobriedad, precisión, y sobre todo con una profunda libertad de espíritu, mostraba cómo los dos documentos fundantes de la teología latinoamericana, Medellín y Puebla, habían soslayado los conceptos básicos de la democracia republicana. Este artículo ponía palabras a una intuición confusa y un vago malestar que me acompañaban desde hacía tiempo, y me dio la confianza necesaria para continuar y profundizar su reflexión a lo largo de los años. Él fue, finalmente, quien me instó a incorporarme al consejo de redacción de la revista CRITERIO, la cual fue un apoyo invaluable para avanzar en un camino que suponía, en el contexto de nuestra Iglesia, mucha soledad y mucho remar contra la corriente.

En su raíz más profunda, la libertad interior de Raffy brotaba de su convicción sobre la relación indisoluble entre la fe y la razón, cada una en su ámbito propio, iluminándose y enriqueciéndose mutuamente. El Concilio lo había expresado como “la justa autonomía de las realidades temporales”. Esto significa reconocer que los diferentes órdenes de la realidad tienen sus propias leyes, y que las ciencias que los estudian tienen sus propios principios y métodos. La fe y la teología deben respetar esa especificidad, no pudiendo entrar en dichos campos sin recurrir a las necesarias mediaciones racionales. Con su sólida formación filosófica y su disciplina de pensamiento, Braun puso al descubierto las mezclas espurias entre fe y razón a las que era propensa nuestra cultura teológica latinoamericana y argentina, y que todavía hoy alimentan un híbrido entre pastoral y política potencialmente peligroso y disruptivo, tanto para la sociedad como para la Iglesia. Él me repetía con insistencia la frase de Benedicto XVI en *Deus caritas est*: “La doctrina social de la Iglesia argumenta desde la razón y el derecho natural, es decir, a partir de lo que es conforme a la naturaleza de todo ser humano”.

No es difícil entender entonces

por qué (además de los consabidos prejuicios sociales), su figura y su pensamiento fueron siempre relativamente marginales en una Iglesia obsesionada con la idea de la identidad católica del país. Sin embargo, lejos de incubar resentimiento y de encerrarse en posturas contestatarias, Raffy vio en esta situación la ocasión para buscar su propio camino con un profundo espíritu eclesial en el trabajo con los laicos y el diálogo con la cultura, con un estilo que estaba en las antípodas del clericalismo y la autorreferencialidad.

Ya ingresado en su última enfermedad, llevaba siempre consigo un viejo manuscrito suyo. Un día insistió en entregármelo, y luego de leerlo se lo devolví en nuestro último encuentro. Se refería al Concilio, la autonomía de las realidades temporales y al lugar que correspondía a los laicos en la vida de la Iglesia. Entendí que era su legado, un legado que ya no podía explicar con sus propias palabras, pero que había quedado impreso de modo indeleble en mi corazón y en el de muchos que lo conocieron. Tras su muerte fue unánimemente elogiado, pero la justa valoración de su obra sigue pendiente.

¹ CRITERIO 1940 (1985) 82-91.

ADIÓS A UN AMIGO

Marcelo Montserrat

Querido Raffy:

Nos vamos yendo de a uno, como en marcha procesional, los viejos camaradas de Alsina 840, con Costa a la cabeza, Potenze, Uribe, Jorge, Fermín, Carlos, Petre y ahora con vos.

Todos te alaban como un gran intelectual, como sacerdote ejemplar que lo fuiste y mucho más. Yo, que soy hombre sin hermanos, te quiero decir que fuiste mi mejor amigo, mi hermano en el espíritu. En los días más aciagos de mi vida, cuando otros me cerraban las puertas, vos me diste tu compasión. Yo siempre recordaré nuestros combates por la verdad en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad del Salvador que, como todo lo noble, el populismo destruyó. Recuerdo la voz de tu madre agradeciendo mi defensa ante los ataques arteros contra tu dignidad y recuerdo también que, en airada sesión, te propuse como director de CRITERIO. He perdido a mi mejor amigo y el Cielo ha ganado a un santo varón.

Nunca olvidaré tus viriles abrazos ni tu abismal generosidad. En nuestro último encuentro te regalé un ejemplar del libro de Theodore Zeldin *Historia de la humanidad*, donde el autor cita a Aristóteles: "La amistad es una sola alma en dos cuerpos".

Vos me enseñaste a ser más cristiano, me diste la libertad de la Cruz, el sacramento de la unión y el canon de la verdad.

Querido Raffy, que el resto sea silencio, hondo silencio y profunda oración.

MEMORIA DEL ESPLENDOR

Elena Kiyamu

*"La memoria es individual.
Nosotros estamos hechos,
en buena parte, de nuestra memoria.*

*Esta memoria está hecha,
en buena parte, de olvido".*

Jorge L. Borges, "El tiempo", 1979

Cuando Borges escribió este poema, ya Raffy había deslumbrado a sus estudiantes de la cátedra de Teoría Política en la universidad por la hondura de su pensamiento y la precisa claridad de su palabra en los duros años '70. Tiempo después, en vísperas de la recuperación de la democracia, cuando me

convocó a incorporarme a CRITERIO, corroboré aquella impresión juvenil de estar ante un espíritu libre sólo sujeto a sus valores y su fe, atento a la reflexión sólida.

De los momentos de mi experiencia criteriosa, el que recuerdo vívidamente por su impacto mediático fue el del editorial fijando posición ante el proyecto re-reeccionista del presidente Menem. *Página/12* le dedicó una tapa con el título "Vade Retro". Raffy protagonizó también un debate televisivo con el entonces ministro del Interior, Carlos Corach, cuyo estudio de

abogados, por curiosa ironía, estaba medianera de por medio vecino a las oficinas de CRITERIO, en Junín 627.

No deja una obra acabada, cristalizada en un manual, sino textos, acciones y palabras cincelados en su capacidad intelectual excepcional y su experiencia en la vida del siglo y de la Iglesia.

Cuando nos abandonan las palabras, nos anima saber que no lo hemos perdido porque seguirá presente en quienes tuvimos el formidable regalo de la vida de conocerlo y ser sus amigos.

UN PENSADOR DE LA DEMOCRACIA REPUBLICANA

Pedro von Eyken

En 2013 inicié el doctorado en Ciencias Políticas de la UCA. Entre los seminarios estaba *Iglesia y democracia en el magisterio latinoamericano y argentino*, a cargo del Pbro. Dr. Gustavo Irrazábal. Para el *paper* reglamentario elegí como tema *Relevancia de la política en el documento de Puebla desde la perspectiva de la democracia republicana*. Me proponía confrontar las alusiones al poder y a la política en el Documento de Puebla de 1979. Yo entendía que en los párrafos sobre el poder, la evangelización, las ideologías y la política faltaba un explícito discernimiento de lo esencialmente político que lo separara de las cuestiones sociales y económicas. En ese contexto evoqué a Rafael Braun. Para él, ni el Documento de Puebla ni el previo de Medellín recogían “las clarísimas enseñanzas que sobre este tema contiene la encíclica *Pacem in Terris* (1963) de Juan XXIII. En la segunda parte, consagrada a las relaciones entre los poderes públicos y el ciudadano, se aborda

el problema de la constitución jurídico-política de la sociedad. Allí se dice: ‘En nuestra época, lo primero que se requiere en la organización jurídica del Estado es redactar, con fórmulas concisas y claras, un compendio de los derechos fundamentales del hombre e incluirlo en la constitución general del Estado’.” (Rafael Braun, “Iglesia y democracia”, CRITERIO, marzo de 1985). Más adelante decía Braun: “Se requiere, finalmente, que se definan de modo específico los derechos y deberes del ciudadano en sus relaciones con las autoridades y que se prescriba de forma clara como misión principal de las autoridades el reconocimiento, respeto, acuerdo mutuo, tutela y desarrollo continuo de los derechos y deberes del ciudadano. Este perfecto resumen de lo que habitualmente se conoce como ‘liberalismo político’, es plenamente concordante con las creencias políticas mayoritarias en América Latina y ofrece un modelo que sirve tanto para explicar parte impor-

tante de nuestros males como para proponer el remedio a los mismos”. Era una toma de posición a la que adherí sin fisuras, como a este otro señalamiento valiente e incómodo para muchos: “¿cuántas veces los episcopados o los vicariatos castrenses han condenado los golpes militares? ¿Cuántas veces las jerarquías eclesíásticas han advertido a sus fieles de los peligros involucrados en la cooperación con los gobiernos de facto, como habitualmente lo hacen respecto del voto a determinados partidos políticos? No ha existido un pronunciamiento claro respecto del principio de legitimidad del régimen político deseable”. Conoció a Rafael Braun hace tres años, cuando fui invitado por Gustavo Irrazábal a sumarme a la revista CRITERIO. Tuve así el privilegio de enriquecerme con la palabra iluminada y las convicciones firmes de este gran sacerdote, que tuvo mucho que ver, aunque indirectamente, con mi ingreso a la revista.

.....

SACERDOTE EJEMPLAR

Juan G. Navarro Floria

Rafael Braun fue un sacerdote singular, y extraordinario. Muchas veces ignorado y dejado de lado por la Iglesia, acaso por una secreta envidia a su talento, fue sin embargo un hijo fiel de ella. Un sacerdote muy poco clerical, que volcó su ministerio a los laicos y lo hizo de manera brillante en múltiples campos. Fue el creador y organizador de una Pastoral Universitaria di-

rigida a la universidad pública y hasta físicamente inserta en ella. Allí supo atraer y orientar a muchísimos jóvenes. Su dominio de la Teología Moral no fue sólo teórico: la aplicaba con rigor pero con una gran libertad en su acompañamiento a matrimonios y familias, y en una dirección espiritual sabia y cercana.

Se tomó siempre muy en serio el Concilio Vaticano II y fue un ardiente defensor de la autonomía de las realidades temporales, alentando a los laicos a asumir su rol en los campos más diversos. Durante mucho tiempo fue asesor doctrinal de la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa, y acompañó su crecimiento. Tenía él mismo un natural talento empresarial, que puso de manifiesto en la organización de un centro de espiritualidad pionero para la pastoral urbana, en la iglesia de Santa Catalina, que dirigió muchos años. Participó activamente en la gestación del “plan Compartir” para la reforma económica de la Iglesia, y a su pluma se debe en buena medida la carta pastoral de los obispos sobre ese tema, que conserva absoluta vigencia.

Raffy dirigía y orientaba con generosidad, formando equipos y promoviendo personas. CRITERIO fue durante muchos años “la revista de Franceschi”, y después “la revista de Mejía”, pero cuando él asumió como director se ocupó especialmente de nutrir al talentoso grupo que había acompañado a Jorge Mejía con jóvenes a los que convocó e integró a la redacción, al mismo tiempo que supo obtener con creatividad los recursos necesarios para sostener económicamente la revista durante mucho tiempo. Y cuando fue posible, promovió a laicos en los cargos de la conducción, conservando él un rol siempre valioso de acompañamiento. Interesado en la política desde que integró el grupo fundador de la carrera de Ciencia Política en la Universidad del Salvador encabezado por Carlos Floria, fue siempre un republicano convencido y consecuente.

El diario *La Nación* le dedicó a su muerte una nota que en su título decía “mucho más que un sacerdote”. Acaso lo que corresponda decir es que Rafael Braun fue plenamente un sacerdote cabal, original, fiel a la Iglesia, y al mismo tiempo un intelectual extraordinario al que muchos habremos de extrañar.

¿QUIÉN NO ESTABA EN DEUDA CON ÉL?

Vicente Espeche Gil

Sacerdote ante todo, Raffy fue fiel al camino, la verdad y la vida de su Señor. Hombre de oración, su prédica sabía a autenticidad.

Consciente de ser instrumento, se ocupó de perfeccionarse, adquiriendo una formación académica de excelencia.

Amigo sin reserva, fue generoso con su disponibilidad,

cuando se pedía su consejo y compañía en momentos difíciles. Supo leer los signos de su tiempo como pocos lo hicieron en la Argentina. Iluminó así el camino en los pasajes tortuosos de nuestra historia violenta. La política fue para él el terreno donde podía germinar la semilla del Evangelio. Sabía también endurecer su rostro

y afilar la lengua cuando el error, la mentira o la pereza se colaban en un discurso.

Hizo rendir con creces los diez talentos que recibió y ahora goza, junto al Señor de la viña, el premio prometido al servidor fiel.

El recuerdo de su sonrisa franca y serena seguirá siendo para nosotros otra prueba irrefutable del amor de Dios.

HOMBRE DE FE Y CULTURA

Pablo De Vita

Despedir a Rafael Braun tiene para una generación de menos de 40 años un curioso aditamento. Raffy era para quienes provenimos del ámbito cultural “el sacerdote filósofo”, como fue en su tiempo monseñor Justo Laguna “el entusiasta del cine”; y Wojtyla, por su largo pontificado, era considerado “el Papa”, sin necesidad de agregar su nombre. Habíamos nacido, crecido y ellos estaban siempre ahí, como irremplazables, hasta que la cronología de la vida enseña duramente otra realidad. Sin embargo, virtud de los “seres ficticios”, como denominó Manuel Gálvez a los grandes argentinos, Raffy seguirá

con nosotros por siempre aunque ya no podamos estrechar su mano o compartir en las reuniones de los martes su lúcida opinión. El rito era parecido siempre: Raffy escuchaba con atención el intercambio de opiniones y luego daba la suya. Reverencialmente, en líneas generales, era la última –seguida en silencio y sin contrapuntos– pero elaborada por él en la experiencia colectiva y como síntesis de una mente preclara.

Hombre de fe y cultura, estos campos mancomunados fueron de vital importancia en su paso como rector de Santa Catalina. Desde ese espacio, en el turbulento año 2002,

dio el puntapié a un programa cultural junto con la Universidad del Cema que continúa hasta el día de hoy, y cuya generosidad incluyó en la convocatoria al autor de estas líneas como uno de los responsables para compartir cine. Era habitual en el encuentro con Raffy comentar alguna película aunque siempre volvíamos a los clásicos y, fundamentalmente, a Ingmar Bergman. No podía ser de otra manera con el “cineasta filósofo”. Parfraseando su libro con Magdalena, ¡Qué mundo nos ha tocado! Es verdad, uno lleno de interrogantes pero con una certeza: que el recuerdo de Raffy guiará nuestro camino.

Antonio Battro

VISIONARIO VALIENTE Y GENEROSO

Su padre Eduardo Braun Menéndez, eminente fisiólogo, fue muy amigo de mi padre. Con un grupo de destacados colegas, fundaron en 1937 la Sociedad Argentina de Cardiología y la *Revista Argentina de Cardiología*. Fue también mi mentor en la Facultad de Medicina. En la siguiente generación, unos treinta años después, con su hijo Raffy, Ezequiel de Olaso, Natalio Botana y otros queridos colegas fundamos el Centro de Investigaciones Filosóficas (CIF), y la *Revista Latinoamericana de Filosofía*. La ciencia es amistad.

La obra de Raffy en el CIF fue considerable y compartimos muchos proyectos para impulsar las humanidades y las ciencias en la Argentina. Gracias a él pasé a formar parte también del equipo de CRITERIO. Su sacerdocio le daba una dimensión trascendente a todas sus actividades, en especial durante los años que se dedicó de cuerpo y alma al histórico monasterio e iglesia de Santa Catalina de Siena, que reestructuró junto al arquitecto Eduardo J. Ellis, poniendo en valor –en tantos sentidos– una joya más de la cultura argentina.

Era un hacedor y un pensador, un sacerdote totalmente dedicado a hacer el bien en su misión intelectual y espiritual, un crítico brillante y apasionado, un visionario valiente y generoso, un amigo fiel. Veía más lejos que muchos de nosotros. Siguió siempre el mensaje profético: “No os acordéis de las cosas antiguas. Estoy por hacer algo nuevo. Ya está germinando ¿No os dais cuenta?” (Isaías, 43). Esa promesa se ha cumplido en su nueva vida en el Señor.

UN LLAMADO PROVIDENCIAL

María Elena de las
Carreras de Kuntz

El recuerdo es vívido, aunque no la fecha exacta: un llamado de teléfono del padre Braun, director de CRITERIO, revista que recibíamos en casa desde la época de mis abuelos. Era una invitación para escribir en la columna de cine de la revista, bajo las órdenes de Jaime y Sylvia Potenze, quienes buscaban un sucesor para poder jubilarse con tranquilidad. Y así fue que en 1982 empecé con entusiasmo y sudor un camino profesional que rumbeó, sin buscarlo, a los Estados Unidos. El padre Braun me escribió una generosa carta de recomendación para una beca Fulbright que terminó en un doctorado, un matrimonio y una hija.

Escribo estas líneas agradecidas desde Los Ángeles, California, donde vivo desde hace ya treinta años. Si no hubiera sido por ese llamado providencial, en el que el

padre Braun apostó por una graduada de Letras de la UCA, recién llegada de dos años en una Universidad española, otra hubiera sido mi vida. Como en “El Sur”, el cuento de Borges, el destino de una persona queda definido en unos segundos decisivos; el mío, en esa invitación telefónica.

Cinéfilo y maestro, el padre Braun más de una vez me corrigió la mirada sobre películas en donde mi pasión y enojo habían prevalecido. Nunca me he olvidado de dos títulos: *Agnes of God* (1985) y *Betty Blue* (1986), largometrajes donde no había logrado desbrozar lo humano de lo divino. El padre Braun también me brindó una tribuna sólida para escribir sobre el filme de Godard, *Je vous salue, Marie* (1985), que había visto en el festival de Berlín antes de que generara una polémica en Buenos Aires.

Para mí, su gran enseñanza, como

crítica de cine, se resume en la frase que usó más de una vez: “la autonomía de las realidades temporales”. Con ella describía la relación entre el cine y la moral, que importa tanto a un católico dedicado a la crítica del séptimo arte –frase que ha quedado de alcanfor. Esta forma de aquilatar la dimensión moral del cine, como círculos independientes pero conectados, es la que he aplicado desde entonces para escribir y enseñar cine. Y esta idea de dimensiones vinculadas pero autónomas me ha hecho ver que el cine, en buenas manos, es un instrumento privilegiado para articular una visión sacramental de lo humano.

No llegué a llamarlo “Raffy”, como lo hacían su familia y amigos –la geografía y el tiempo me lo impidieron–, pero me queda un recuerdo imborrable de un intelectual generoso y sacerdote ejemplar.

